

Somos Vicencianos

Una web de [formación](#) e información sobre san Vicente de Paúl, santa Luisa de Marillac y la obra vicenciana en el mundo, ayer, hoy y mañana.

5º Domingo de T.O. (reflexión de la S.S.V.P. en España)

Desconocido

«Identificados con Jesús, los bautizados se consagran también a la obra de Jesús. Ofrecen su vida, en su seguimiento y como Él. Reproducen “ingenuamente” el acto del único Sacerdote, Jesús» (SV XII, 368 / ES XI, 640)



Job se dirige, por primera vez, directamente a [Dios](#). Hace una larga descripción de su enfermedad, para comprobar que le lleva directamente a la muerte y al olvido. Compara la condición humana a la de un esclavo o un soldado, con todo lo que estas vidas tenían de enajenación y de decadencia en aquella época.

Por su parte, San Pablo, subraya que su vocación es una carga. No ha sido él quien la ha escogido, sino que está al [servicio](#) del Señor que le impone una tarea. El oportunismo de que el apóstol da muestras a veces, no puede atribuirse a un afán de notoriedad personal o a la defensa de los derechos adquiridos. Pablo, es más explícito a este propósito: el cargo apostólico es una réplica de la misión del siervo paciente (Is 4-11). Pablo ha comparado muchas veces su Ministerio en Corinto, con la misión del siervo de Dios. El relativismo del apóstol en determinados problemas no es, pues, una [política](#) personal, sino el signo mismo de su misión al servicio del Señor, que le impone servir a cada uno de los seres humanos, adaptándose a todo lo que es bueno en ellos, con el fin de que todo eso se convierta en piedra de toque del Reino de Dios.

La vida, las palabras y los gestos de Jesús no son comprensibles sin la relación con su Padre a través de la **oración**. Los momentos de intimidad filial son los que realmente hacen de Jesús el hombre con **autoridad**. Así mismo, ese estrecho vínculo con el Padre lo hacen consciente de su misión en el mundo: “Vamos a los pueblos cercanos a predicar también allá el Evangelio, pues para esto he venido”. Esta conciencia evangelizadora inspirará también el apostolado de Pablo: “¡Hay de mí, si no anuncio el Evangelio!”.

Jesús se ha ganado a la gente sencilla por la claridad de su **enseñanza** y, sobre todo, por su enorme capacidad para transformar la vida física, mental y espiritual de personas enfermas. El Evangelio que Él se ha propuesto como tarea primordial (Mc 1,15) se hace realidad en la conciencia, la salud y la espiritualidad del pueblo. Esto es así que, tanto los escribas, maestros autorizados de la Ley, como los demonios y los espíritus inmundos se ven amenazados por la **acción** de Jesús. Por eso buscan entorpecer su actividad didáctica, terapéutica y formativa, recurriendo a diversas estrategias.

El mensaje de Jesús continuado por Pablo, encuentra su mejor impacto entre las personas quebradas por el sistema político, social, religioso y cultural. Quienes se congregan en torno a Jesús o a los primeros evangelizadores cristianos son personas que como Job, sienten que la vida es sólo una jornada de arduo **trabajo** con la que apenas se logra sobrevivir.

Esclavos, jornaleros, desempleados, **enfermos**, endemoniados y toda clase de desesperados, acuden, tan pronto como cae la tarde, a buscar alivio y consuelo en el Evangelio. Los primeros evangelizadores comparten una esperanza de redención definitiva con esa humanidad avergonzada, excluida y humillada. Aunque no tengamos mucha conciencia de esto, al leer los Evangelios o las Cartas esta realidad salta de las páginas a nuestra mente y cuestiona la misma realidad de nuestras comunidades de **fe**.

Nuestro reto es compartir con Jesús y con San Pablo, la conciencia de la urgencia del anuncio explícito y directo del Evangelio a todas las personas que se encuentran en situación de empobrecimiento, marginación, exclusión y abandono; y, no quedarnos limitándonos a hacer del cristianismo una bonita costumbre social.

«Hemos sido escogidos por Dios como instrumentos de su caridad inmensa y paternal, que desea reinar y ensancharse en las almas. Por tanto, nuestra vocación consiste... en abrasar los corazones de todos los hombres, hacer lo que hizo el Hijo de Dios, que vino a traer fuego a la tierra. ... Es cierto que yo he sido enviado, no sólo para amar a Dios, sino para hacerlo amar. No me basta con amar a Dios, si no lo ama mi prójimo» (SV XII, 262 / ES XI, 553)

Relacionado